



Olga de León / Carlos Alejandro

Seductoras y precipitados

La montaña seductora

Hace más de mil años, en algún lejano país, creció en medio de una planicie una protuberancia nueva, una montaña de figura cautivadora por las sombras y luces que sobre de ella el cielo dejaba caer. Dio en pasar por allí un joven viajero, quien andaba en busca del conocimiento y la sabiduría, pero perdió la brújula de su libertad en cuanto fijó su mirada en la montaña seductora. Era en realidad una montañita, apenas si un pequeño montículo de tierra que no trascendía ni por la estructura ni por el rostro que ofrecía a los viajeros, dado el artificio de su maquillaje iluminado y sombreado gracias al dios de todos los astros, el sol.

El joven que nunca antes había conocido tierras con tales protuberancias, quedó atrapado desde el primer día que la vio y ella le ofreció alegremente subir por sus faldas. Los vientos propicios que la condujeron a crecer y formarse en tales tierras, fueron los mismos que la destruyeron cuando ella se sintió la reina más seductora de todas las montañas existentes a su alrededor.

Así fue como un instante de ensordecedor y embravecido viento, de pronto irrumpiría entre el deseo y la ambición, dejándola caer al pie de la fatalidad. La montaña mudó su naturaleza cuando se enamoró de aquel joven al que cautivó: se volvió viajera. Y el viajero transmutó en fantástico bálsamo contra los embrujos de falsas montañas.

Como vives, mueres

Era un semáforo caprichoso y obstinado. Cambiaba de luz verde a ámbar y roja, según la marca y tamaño del primer auto en espera de transitar: si era grande y lujoso, se precipitaba en darle el paso; si, pequeño y más o menos viejo o maltratado, tardaba de seis hasta diez minutos en concederle un cambio de rojo a verde. Hasta que un día, tras varios años de alterar el orden de su cerebro digital de manera arbitraria, pasó lo que tenía que pasar: dejó de funcionar. A partir de entonces, nunca más marcó un alto. Y no obstante, por esa avenida ni en ese crucero, jamás sucedió algún percance mayor. Solo de vez en vez, los autos de lujo y modelos recientes sufrían alguna avería menor que se causaban entre sí. Con tal motivo, maldecían al semáforo que -ahora enfermo y descompuesto- se lamentaba de haberlos tratado con tan comedida preferencia, discriminando a los autos comunes y pequeños, que ahora cruzaban libremente cuando les correspondía, sin abusar de la libertad ni burlarse del enfermo.

La seducción de un avión

Algunos viajan por carretera, otros en avión, decía la aprendiz de brujita:

- ¿Por qué nosotras tenemos que ir trepadas en una escoba, habiendo tan modernas formas de hacerlo?

- Porque son muy baratas y no causan contaminación, ni pagan impuestos.

- Paguémoslos, que no dicen que con ellos harán mucho por el estado: ¡viajemos en avión!

¡He Dicho!

Don Precipitado subió a su auto melindroso esperando que esta vez arrancara al primer intento, y que el agua de lluvia no se le fuera a colar a través del



techo por el agujero en el que antiguamente había una antena de radio. Pensaba que su coche era un manipulador: le gustaba descomponerse justo bajando la avenida, llegando al semáforo seductor donde las mujeres de vida nocturna solían esperar hasta encontrar algún cliente.

Aquella noche de la reunión de Fin de año con sus amigos, “Los Revoltosos”, don Precipitado aún no comprendía que las desdichas que su auto le brindaba no eran más que fatalidades torpes; en realidad, su carro nunca le impedía llegar finalmente a su destino, solo tardamente. Así es que para un encuentro tan prominente como el que tenía ahora, el conductor iba un poco embravecido, soñando en encontrar algún bálsamo fantástico que un día pudiese entreverar con la gasolina para que el coche, en lugar de asemejarse a una escoba embrujada, se comportase con luminosidad audaz, llevándolo a tiempo y sin problemas hasta su junta anual.

El carro corrió con sensatez hasta pocas cuadradas antes de estacionarse en el salón de fiestas. A empujones llegó al lugar. Don Precipitado luego de cerrar el auto con llave, pensó que llegaría muy tarde a su tertulia política; saltó tímidamente los escalones hasta el segundo piso y, efectivamente, entró cuando ya todos lo esperaban. No era el tipo de viejo que se sintiese “ni de aquí, ni de allá”, por lo que luego de saludar, tomó asiento en una silla que le tenían preparada y comió sus diez tamales, teñidamente. El único que no lo recibió fue don Julio, quien en ese momento se encontraba en el baño; pero a los pocos minutos salió por una puerta del fondo, y el par de viejos pudo darse un abrazo fuerte.

-Siéntate -le dijo don Precipitado a su amigo, luego del ensordecedor estrujón de palmadas en la espalda. Don Julio prefirió permanecer de pie durante la plática.

No pasaron más de veinte minutos cuando Precipitado, el hijo de don Precipitado, llegó en camión al Club Revoltoso. En realidad, él a nadie conocía; había arribado por el aventón que su padre podía ofrecerle a casa de su madre, al terminar la noche.

-Tómame una cerveza -le dijo don Precipitado a Precipitado. El hijo tuvo que negarse por un medicamento contra la gripe que venía tomando desde esa tarde.

El Presidente de la Sociedad de Revoltosos fue el primero en hablar una vez que los invitados concluyeron la tamaliza. El joven veinteañero realizó algunas comparaciones entre su grupo y los formados alrededor y bajo las órdenes de héroes, como: Hidalgo y Morelos, Villa y Zapata, Fidel y el Ché Guevara, y vislumbró, con la rapidez de una bala, el futuro de su asociación. Propuso apoderarse de alguna presidencia municipal en el ayuntamiento más alejado de la capital y, desde allá, partir para la difusión del mensaje revolucionario de la tropa: el fin de calles estrechas, la construcción de arcos heroicos y conmemorativos, la organización de fiestas más frecuentes y entre semana con el respectivo decremento en el número anual de días laborales: quizás una extensión del fin de semana que incluyera los lunes y miércoles, aunque quedasen distanciados el uno del otro.

Entonces el turno para hablar recayó en el resto de los asistentes. Primero, Gustavito, el miembro mejor colocado en la administración pública del momento. Anunció que no se extendería, pero fue quien más parloteó, ¡y durante veinte minutos! No se atrevía en un comienzo, pero poco a poco fue soltando su idea de ser el candidato idóneo para la alejada presidencia municipal. Se trataría, por supuesto, de una candidatura independiente; no porque la pandilla no creyera en las instituciones políticas, sino más bien

debido a que ninguno de los partidos políticos admitiría a un miembro de la Sociedad de Revoltosos.

-Ahora habla tú, Ramirín -le dijo don Precipitado al hombre del sombrero rojo.

-Vamos conforme a las manecillas del reloj, don Precipitado -respondió aquel, quien más bien se encontraba frente a Gustavito, y al cual le faltaban varios compañeros para alcanzar su propio turno.

Luego de varias intervenciones, Precipitado se sintió agobiado de escuchar tanto discurso, y abrigó esperanzas de convencer a su padre para que se retirasen. Pero don Precipitado aún no había entrado a la ronda de arengas, e hizo un esfuerzo por no reventar del coraje cuando escuchó la propuesta de su propio hijo.

—El turno llegó por fin a don Precipitado, quien comenzó hablando sobre los problemas nacionales que aquejaban al país, más que al Club de Revoltosos. Citó algunas ideas de Tucídides, Polibio, y del gran filósofo-abogado-economista griego, Testicufólocos. Poco a poco los asistentes se fueron quedando dormidos, y los que no, fue porque se levantaron a tiempo para ir a hacer fila al baño. Cuando don Precipitado se dio cuenta de que hablaba solo, le dijo a su hijo.

-Vámonos, Precipitado, esta Sociedad ya no vale pa’ pura...

-Tranquilo, apá, ahorita vuelven, o despiertan estos que están aquí.

Los minutos pasaron y don Precipitado no esperó más: giró su cuerpo en dirección a Precipitado y con la mano derecha alzada, exclamó con determinación:

-¡He dicho, fin de las lecciones!

Nadie volvió a la mesa. Don Precipitado se dirigió a la puerta de salida y Precipitado detrás de él; sin saber cómo despedirse, ni del lugar, ni tampoco del Fin de año.



Julien Benda

El escritor francés Julien Benda, quien nació el 26 de diciembre de 1867, fue generador de una tradición crítica del papel del filósofo en la sociedad, así como de la falta de moral en los círculos intelectuales.

Benda creció en una acomodada familia hebrea que se instaló en Francia. Durante su juventud se dedicó a la ciencia y a las letras por igual y en un primer momento optó por la Escuela Central de Artes y Oficios, para luego cambiar de opinión e ingresar a la Facultad de Letras.

Se dio a conocer como filósofo con la publicación de "Affaire Dreyfus" y "Revue Blanche", ambos en 1900. Desde sus inicios se colocó como un promotor de racionalismo crítico en contra del romanticismo de la época y el bergsonismo que a su parecer, habían sido explotados en detrimento de la inteligencia contemporánea.

Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial colaboró como articulista y columnista, según la fuente. Sus textos serían actualizados y compilados en el volumen "Los sentimientos de Críticas" y para 1919 publicaría "Belphégor", un texto donde traza el paradigma de la sensibilidad estética de su época confrontada con el sentimentalismo irracional.

Posteriormente, en los inicios de la segunda gran guerra, se unió a las filas de los antifascistas en la lucha intelectual en una Francia dominada por los alemanes.

A Benda se le reconoce por la crítica que ejerció contra los clérigos, especialmente en su libro "La traición de los intelectuales", pues estos habían ido en contra de los valores universales, eternos y desinteresados, de la verdad y de la justicia, convirtiéndose en un símbolo del odio político.

"Benda sigue siendo un amuleto entre iniciados, uno de los pocos maestros modernos que sólo se representa a sí mismo y que, al hacerlo, ilumina y ennoblece los años salvajes del siglo XX", acotó Domínguez Michael.

También refirió que Julien Benda fue una especie de "reaccionario de izquierda", que con el tiempo se volvió desconfiado del progreso y la bondad humana.

Hacia el final de su vida se volvió hacia el comunismo como una opción política para las sociedades. Murió el 7 de junio de 1956.

En una lista de más de 20 títulos tan solo tres de sus obras han sido traducidas al español: "La traición de los intelectuales" (2008), "Memorias de un intelectual" y su única novela "La ordenación".

ad pēdem literae

El ruiseñor se niega anidar en la jaula, para que la esclavitud no sea el destino de su cría.

Khalil Gibran

letras de
buen humor

El cerebro es un órgano maravilloso. Comienza a trabajar nada más levantarnos y no deja de funcionar hasta entrar en la oficina.

Robert Frost

En interiores...

Preguntas

Oscar G. Baqueiro

Página 2

Los exilios de Voltaire

Víctor Gómez

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José H. Gómez

Página 4